

EDITORIAL

La Revista se propone dedicar una serie de números alternos a temas de urbanismo. Extrañará a algunos lectores que este número, el primero de la serie, hable de planes en ejecución y de organismos oficiales, y no de problemas concretos. Extrañará que comencemos hablando de la circunstancia, y no de la esencia del problema.

Los fenómenos de urbanismo, como todos los fenómenos sociales, pueden enfocarse de dos maneras distintas: al modo del político y al modo del intelectual. Un intelectual es una persona a la que, de un problema, interesa fundamentalmente el aspecto sustantivo y no la circunstancia. Un intelectual intenta definir un problema como un sistema de factores y de relaciones entre factores. Un problema de urbanismo puede ser pues, para un intelectual, un fenómeno complejo que existe objetivamente y en el que se relacionan estrictamente variables de migración, de valores del suelo y de la construcción, de niveles de ingresos, de costos de transporte. O factores climáticos y culturales, preferencias sociales, limitaciones físicas, políticas o económicas. Para un intelectual químicamente puro, si tal persona pudiera existir, un problema está exento de cargas subjetivas y emocionales.

Un político es una persona a la que de un problema sólo interesa la circunstancia, puesto que la circunstancia es el único aspecto del fenómeno sobre el que debe tomar decisiones. En el mundo del político la única variable relevante es la distribución del poder. Un problema de urbanismo es pues, para el político, un conjunto de presiones que actúa sobre un sistema de distribución del poder; esto es, sobre una estructura político-administrativa. El aspecto sustantial del problema—que interesa al intelectual—sólo tiene valor en tanto en cuanto actuar sobre él puede afectar la distribución del poder sobre esa estructura, o modificar la estructura misma. El instrumento que maneja el político son las relaciones humanas. El tiempo en el que trabaja es el presente, o, lo que es lo mismo, el futuro inmediato. En política no existen problemas a veinte años vista.

Es claro que estas dos personas le son igualmente necesarias al urbanismo. De nada sirve al intelectual estudiar un problema y diseñar una solución para él, fuera de la realidad política del momento. Este tipo de soluciones nunca se llevan a cabo, porque presuponen un planteamiento que los que están en posesión del poder no comparten. De ahí que se tilde al intelectual de inútil y falto de visión práctica. Por otro lado, plantear los problemas dentro de un entorno exclusivamente político, si no inútil, es desde luego pernicioso. Primero, porque en política, como dije antes, sólo tiene importancia la agenda, y se da prioridad así a presiones inminentes y sintomáticas, ignorando por contrario sus causas. Segundo, porque

se sabe que el objetivo primero de un político—de un buen político—o, para el caso, de una agencia administrativa, es la propia supervivencia en el poder.

En urbanismo, las decisiones fundamentales pertenecen al político y no al técnico. La identificación de los problemas, la evaluación de sus magnitudes relativas, y la ponderación de los objetivos implicados, son decisiones que pertenecen a aquellas personas en las que la sociedad delega para que ejecuten sus preferencias; y estas personas son los políticos. Se dice hoy que España, frente a la tarea de desarrollarse económicamente, tiene necesidad de engrosar las filas de sus técnicos. El concepto de "técnico" tiene, sin embargo, una extensión demasiado reducida para incluir al tipo de personas que son necesarias para plantear problemas cuya incidencia es social, y cuyo ámbito es macroscópico. España necesita intelectuales de una cierta clase.

En España hay sin duda suficientes políticos, porque políticos somos todos los españoles, por naturaleza; porque todo aquel que se interesa por el urbanismo es, por vocación, un poco político, y así lo demuestra al demostrar este interés. Porque político es, al fin, quien se enfrenta con un problema social con ánimo de algo más que el de estudiarlo objetivamente. El técnico español suele pecar más de político que de intelectual; quizá porque seamos un pueblo demasiado emocional para enfocar los problemas desde un punto de vista aséptico, o quizá porque somos demasiado pobres para podérmolo permitir. El técnico español gusta perderse en cuestiones de circunstancia, sin prestar atención suficiente a la esencia de los problemas. Por ello el político tiende—o tal vez sea una necesidad—a importar soluciones técnicas, elaboradas por intelectuales de otros países, para solucionar sus propios problemas.

España, repito, necesita intelectuales de una cierta clase. Intelectuales capaces de reformular los problemas políticos, objetiva y operacionalmente, y de buscar soluciones a largo plazo y dentro de la realidad política. Gentes para las que la coyuntura de poder del momento no sea ni el factor determinante, ni tampoco algo que se deba ignorar por carecer de base científica. Gentes para las que la presión política o las relaciones humanas sean simplemente otras variables, a incluir en su sistema de trabajo; variables que pudiéramos llamar de implementación. Gentes capaces de presentarle el problema a los políticos, de tal modo estructurado, que éstos puedan enjuiciar las consecuencias técnicas de una decisión puramente política, como el valor político de una decisión técnicamente deseable. España necesita intelectuales; y no les pidamos a los políticos que les suplan en su función, porque dejarían de ser buenos políticos.

Juan A. Ridruejo.